

PENSAMIENTOS  
DESDE MI CABAÑA

KAMO NO CHŌMEI

**e**

errata naturae

PRÓLOGO  
NATSUME SŌSEKI

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2018

TÍTULO ORIGINAL: *Hōjōki*

© de la traducción del texto de Kamo no Chōmei, Kazuya Sakai, 1966

© de la traducción del texto de Natsume Sōseki, Sara Pintado, 2018

© de la traducción del texto de Jacqueline Pigeot,

Guillermo de Eugenio, 2018

© de la traducción del texto de Tamamura Kyo, Bruno Mattiussi, 2018

© Errata naturae editores, 2018

c/ Doctor Fourquet 11

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-75-2

DEPÓSITO LEGAL: M-3445-2018

CÓDIGO BIC: HPD

IMAGEN DE CUBIERTA: Katsushika Hokusai,

Private collection / Bridgeman Images

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Edelvives

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial

La obra de un genio lo contiene todo. Es un espejo en el que cada uno encuentra su imagen, reflejada con una exactitud sorprendente. Es una fuente que sacia la sed de las pasiones más ardientes, revitaliza los espíritus apagados y abatidos, refresca las sienas agobiadas y le infunde a todo lo que toca un sutil placer espiritual. La obra de un genio destila un elixir que inspira a unos y otros, un tónico que engrandece todas las mentes.

La obra de un hombre con talento, por su parte, no contiene nada. En ella podemos encontrar palabras delicadas y delicadamente unidas, sentimientos delicados y delicadamente interpuestos... Pero, en realidad, su único objetivo es su propia

exhibición. Como un espejismo, nos deja sin aliento durante un instante, pero pronto se esfuma de nuestra mente a causa de su insustancialidad. Nos entretiene durante una hora quizás y después la despachamos para siempre sin pérdida alguna.

Existe una tercera categoría dentro del ámbito de la producción literaria, que se encuentra a medio camino de las dos anteriores y que quizás pueda definirse más claramente a través de esta idea: es un «trabajo de la pasión». Las obras que pertenecen a esta categoría no están destinadas a todos los hombres de todas las condiciones, como sí lo están las de los genios. Tampoco se escriben con el objetivo egoísta de ser leídas, ni como un pasatiempo del escritor, ni están destinadas a las horas del esparcimiento ajeno, como es el caso de las obras de los hombres con talento. Por el contrario, son el resultado de una sólida convicción que, saturando la mente del autor, encuentra a veces su salida como composición literaria, y otras veces a la manera de una simple elocuencia natural.

Estas obras no son el resultado de un trabajo forzado ni tampoco de un artificio deliberado, sino

hazañas logradas, por decirlo de alguna manera, de forma espontánea. En el mejor de los casos —aquel en el que la convicción es tan profunda que puede elevarse al nivel de la verdad misma acompañada por una entrega absoluta—, no se distinguen de ningún modo del trabajo de los genios. Pero, incluso en el peor de los casos, no dejan de atraer a algunos lectores cuya visión de la vida fluye en la misma dirección que la del autor, ni dejan de ser una fuente de placer para aquellos cuyos temperamentos simpatizan con el de éste. Porque, ya sean cortas o largas, elaboradas o concisas, están escritas con absoluta sinceridad. Y la sinceridad es una cualidad que nos arrastra, lo queramos o no.

Sin embargo, los escritores que entran en esta extraña categoría están sujetos a una pequeña desventaja que no suelen tener los demás: cuando sus pensamientos son realmente poco comunes, o muy oscuros, no pueden tener muchos lectores. En estos casos, las llamas del intelecto, demasiado delicadas y sutiles para templar las mentes más comunes, no consiguen prender en ellas el fuego espiritual. Y así estos autores son reemplazados por lumbreras

pasajeros y de menores dimensiones, condenados a perderse en el olvido.

Aun así, la popularidad no es lo que hace a un poeta o a un autor, de la misma manera que una percepción normal de la belleza no hace la estética. A veces, y aunque parezca paradójico, el poder real de un autor es inversamente proporcional a su popularidad. Pues, a pesar de que no consiga atraer a la mayoría, puede atraer a unos cuantos cuya opinión es mucho más valiosa que el aplauso de las multitudes.

Al igual que ocurre en el caso de la inteligencia —con la que no todos los hombres tienen el don de entender una realidad, a pesar de estar todos dotados de una misma facultad de razonamiento y de un mismo lenguaje—, en el terreno de la literatura tampoco está en manos de cada uno la posibilidad de apreciar un trabajo de gran mérito que, a primera vista, podría parecer carente de sentido o incluso resultar despreciable. Nadie negará que dos más dos son cuatro, pero quién sabe si habrá uno de cada diez que esté de acuerdo, por ejemplo, con que el curso progresivo del mundo consiste en el despliegue gradual del Espíritu Mundano. De la

misma manera, nadie, excepto aquellos verdaderamente cultivados, aceptará el hecho de que el espacio y el tiempo no son realidades objetivas, sino formas necesarias del conocimiento subjetivo. Podemos afirmar que esta diferencia entre el sentido común y la filosofía también está presente, hasta cierto punto, entre el sentido común y la literatura. Pues, como observa con lucidez Taine, bajo toda literatura yace siempre una forma de filosofía, y toda filosofía es una mera carcasa que se transforma en literatura cuando se encarna en un rostro y un cuerpo. Pero cuando no hay suficiente carne y el enfoque queda supeditado al concepto, de tal manera que el esqueleto puede verse a través de la piel, la mayoría suele espantarse. Sólo las mentes firmes y robustas pueden resistir esta conmoción momentánea y encontrar ahí algo atractivo; o bien aquellas otras que, como anotaba más arriba, se sienten reflejadas y consiguen así simpatizar con esos fantasmas.

Es posible que *Pensamientos desde mi cabaña*, de Kamo no Chōmei, parezca un fantasma para una buena parte de los lectores, puesto que sólo unos pocos hoy en día podrán acoger su distanciamiento

taciturno y su crítica de nuestro modo de vivir, que hace evidente una alienación terrible. Todavía menos serán los que vean sus propios rasgos reflejados en ella. Se podrían esgrimir argumentos filosóficos contra el pesimismo del autor, contra su visión unívoca de la vida, contra su completa renuncia a los lazos sociales y familiares. Pero, a pesar de todo ello, esta obra se nos impone por dos razones: primero, por el tono grave, aunque en ningún momento desafiante, con que el autor da cuenta de la manera en la que, a su juicio, la vida merece vivirse, así como del sinsentido que perpetramos al perseguir un sinfín de sombras que confundimos con la felicidad; segundo, por su sincera admiración por la naturaleza como aquello capaz de aportarnos una forma de placer temporal.

Resulta paradójico que un hombre como Chōmei, que tendió al pesimismo de manera tan decidida, recurriera a la naturaleza como único objeto de su compasión. Pues, sin importar lo sublime o bella que sea, podríamos pensar que la naturaleza no es capaz de corresponder con compasión a nuestra compasión. Es evidente que a veces nos inspira gracias a su majestuosidad, pero, desde

mi punto de vista, la naturaleza sólo se manifiesta a la manera de una influencia mecánica, como una descarga eléctrica que actúa poderosamente sobre nuestro sistema nervioso, y no a través de una comunicación espiritual como la que puede existir entre dos seres humanos. Al fin y al cabo, la naturaleza está muerta. A menos que reconozcamos en ella la presencia de un espíritu que la anime, no deberíamos preferirla a un ser humano. Es más, no podemos elevarla al nivel de este último como nuestro objeto de compasión. Un ser humano, con sus flaquezas y defectos, tiene, en mayor o menor medida, compasión por sus semejantes. Si además tenemos en cuenta que el amor se vuelve más profundo cuando existe una compasión mutua, se hace difícil encontrar razones por las que debamos renunciar a todos los lazos humanos y volvernos hoscamente hacia la naturaleza fría e indolente, como si ésta fuera nuestra única amiga en el mundo. Puede que no sea nuestra enemiga, ¡pero nunca será cariñosa!

Por otro lado, Chōmei renunció al mundo porque, según consideraba, todas las cosas terrenales son efímeras y azarosas y, por lo tanto, no merece

la pena aspirar a ellas. Pero, entonces, ¿por qué tenía una visión tan indulgente de la naturaleza, que no está menos sujeta al cambio? ¿Por qué no renunció a ella al mismo tiempo que renunció a la vida social y a la propiedad? Todavía es más incomprensible que un misántropo tan recalcitrante como Chōmei se interesara por ciertos individuos que le habían precedido en este mundo.

Y, sin embargo, sea como fuere, a Chōmei no sólo le perdonamos sus incoherencias, que son muchas, sino que sus lectores nos vemos irremisiblemente atraídos por ellas.

Tal vez el quid de la cuestión se encuentre, como antes sugería, en que Chōmei escribe cada línea desde una profunda sinceridad y no hay una sola palabra que revele indiferencia hacia aquello que trata. Quizás no resista un análisis crítico, pero siempre podrá ser elogiado por el compromiso vital que refleja su obra y que le llevó a vivir como un asceta en las colinas de Toyama, alejado de la odiosa influencia de este mundo que adora por encima de cualquier otra cosa el dinero y persigue en todo momento los placeres.

La visión de la vida que nos dejó Chōmei en sus escritos podría resumirse con una cita de Shakespeare:

Las altas torres, cuyas crestas tocan las nubes, los suntuosos palacios, los solemnes templos, hasta el inmenso globo, sí, y cuanto en él descansa, se disolverá y, lo mismo que esta diversión insustancial que acaba de desaparecer, no quedará rastro de ello. Estamos tejidos de idéntica tela que los sueños, y nuestra corta vida se cierra de hecho con un sueño<sup>1</sup>.

Si tenemos en cuenta las particulares circunstancias históricas en las que vivió Chōmei<sup>2</sup>, y la peculiar inclinación de su pensamiento, fortalecida tanto por sus experiencias personales como por la gran influencia del pensamiento budista, no nos sorprende que se viera conducido de forma irremediable hacia esa región etérea donde la mente eterna puede sentarse en calma, emancipada de

<sup>1</sup> William Shakespeare, *Teatro y poesía*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1981, p. 510. Trad. cast: Luis Astrana Marín y Manuel Mújica Láinez.

<sup>2</sup> Estas circunstancias excepcionales son ampliamente comentadas en el ensayo de Jacqueline Pigeot que se recoge en este mismo volumen (N. del E.).

todos los objetos efímeros que normalmente la habitan. En este sentido, estar ocupado, seguir avanzando, continuar buscando... son todas ellas acciones que para Chōmei compiten para llegar a ser la mayor estupidez entre todas las estupideces humanas. Al igual que el «ermitaño de los valles», Chōmei podría extendernos su invitación:

Ven, pues, a mi lado, peregrino; olvida tus penas: todo cuidado terrenal es un engaño. Aquí abajo al hombre le hace falta muy poco, y aun esto, no por mucho tiempo<sup>3</sup>.

Profundamente conmocionado por la experiencia de la fragilidad de la vida y de la propiedad, Chōmei huyó a la naturaleza. Allí, entre flores y rocas, permaneció en silencio hasta su último aliento. Dejad que un Bellamy<sup>4</sup> se ría de este pobre recluso desde su utopía del triunfo material; dejad que sienta lástima por él un Wordsworth,

<sup>3</sup> Oliver Goldsmith, *El vicario de Wakefield*, Madrid, Ediciones Rialp, 2004, p. 49. Trad. cast: Felipe Villaverde.

<sup>4</sup> Edward Bellamy (1850-1898) fue un escritor estadounidense de fuertes convicciones socialistas, famoso por su novela utópica, *Looking Backward*, ambientada en el año 2000.

quien veía en la naturaleza una pura manifestación y no pudo encontrar en ella ni movimiento ni alma que se deslizara de una cosa a otra; dejad que todo aquel cuya virtud consiste en salir airado y buscar a su adversario se vuelva en su contra, ridiculizándole: ninguno de ellos le hubiera hecho dudar a Chōmei de sus convicciones ni por un instante.